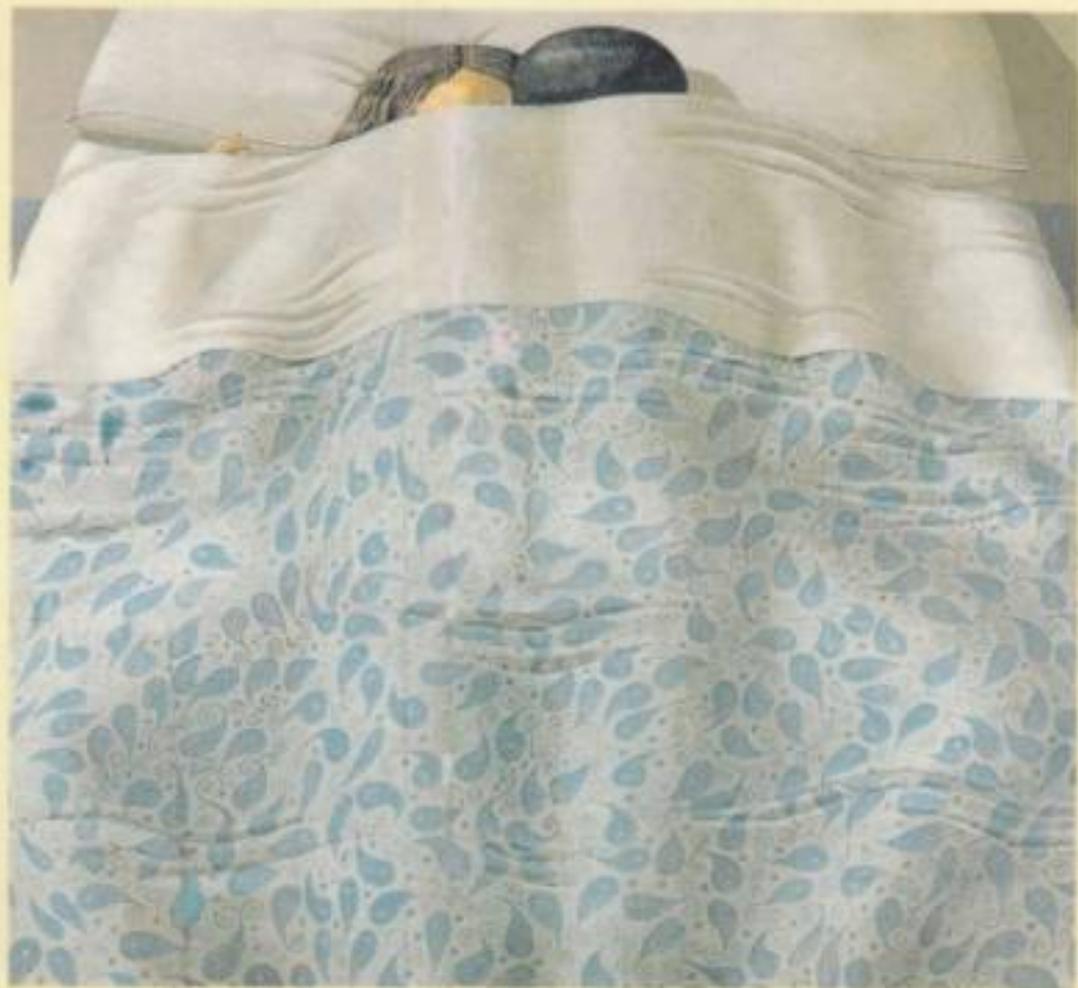


IAN McEWAN

Entre las sábanas



Como un mapa atrozmente exacto de las zonas oscuras de la mente, los relatos de este libro atrapan la atención del lector, y quizá multipliquen sus pesadillas.

Un pornógrafo nada inocente se convierte, sin desearlo, en objeto de las fantasías de sus víctimas. Un millonario aburrido se compra una amante perfecta que le hará descender a los infiernos de los celos y la desesperación. Stephen, un padre divorciado, descubre durante un fin de semana con su hija Miranda y una amiga de ésta la magnitud de su propia inocencia. Y Terence, el guapísimo Terence, que se enamora de Sylvie y haría cualquier cosa que ella le pidiera como prueba de su devoción, deberá satisfacer la más inesperada de las peticiones.

Porque para McEwan, la inocencia infantil puede esconder simas de depravación, y de la necesidad de amor surge a veces la perversidad. Y todos sus relatos hablan del amor, de su exceso o de su ausencia, del deseo y de sus frustraciones, de fantasías sádicas o masoquistas.

Para Vic Sage

AGRADECIMIENTOS

El autor y los editores dan las gracias a las siguientes personas, periódicos y empresas por haberles concedido permiso para reproducir los textos cuyos derechos poseen: *The New Review* por «Pornografía», «Reflexiones de un simio cautivo», «Vaivén» y «Entre las sábanas»; *Encounter* por «Sábado, marzo de 199...» (publicado con el título de «Without Blood»); *Harpers/Queen* por «Domingo, marzo de 199...»; *Bananas* por «Más muertos, imposible»; *American Review* por «Psicópolis», y Mick Jagger, Keith Richard y Essex Music International por los fragmentos de la canción de la página.

PORNOGRAFÍA

O'Byrne atravesó á pie el mercado del Soho hasta la tienda de su hermano, en Brewer Street. Un puñado de clientes hojeaba las revistas, y Harold los observaba a través de unas gafas de culo de vaso desde su tarima, en un rincón. Harold apenas medía metro sesenta y llevaba zapatos de plataforma. Antes de convertirse en empleado suyo, O'Byrne lo llamaba Renacuajo. Junto al codo de Harold, un minúsculo transistor bramaba los detalles de las carreras previstas para aquella tarde.

—Vaya —dijo Harold con un desprecio apenas velado—, el hermano pródigo...

Cada vez que pronunciaba una consonante, sus ojos revoloteaban tras las lentes de aumento. Miró por encima del hombro de O'Byrne.

—Aquí vendemos revistas, señores.

Los mirones se revolviéron inquietos como si alguien hubiera turbado su sueño. Uno de ellos devolvió la revista a su sitio y se marchó apresuradamente de la tienda.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Harold en voz más baja.

Bajó de la tarima, se puso el abrigo y lanzó a O'Byrne una mirada iracunda, a la espera de una respuesta. Rena-

cuajo. O'Byrne tenía diez años menos que su hermano, y lo detestaba, y detestaba que hubiera tenido éxito, pero en aquellos momentos sentía necesidad de su comprensión, lo que no dejaba de parecerle extraño.

—Tenía que ir al médico, ¿no? —dijo sin alzar la voz—. Tengo gonorrea.

Harold pareció complacido. Se estiró y, bromeando, le pegó un puñetazo en el hombro a O'Byrne.

—Te lo mereces —dijo con una risotada socarrona y teatral. Otro cliente se marchó discretamente de la tienda. Desde la puerta, Harold gritó—: Estaré de vuelta a las cinco.

O'Byrne sonrió mientras su hermano se marchaba. Se metió los pulgares en la cintura de los vaqueros y se dirigió despreocupadamente hacia el denso núcleo de clientes.

—¿Puedo ayudarles, caballeros? Aquí vendemos revistas.

Se dispersaron ante él como gallinas asustadas y, de pronto, se encontró solo en la tienda.

Una mujer rolliza, de unos cincuenta años, posaba delante de una cortina de baño de plástico, desnuda salvo por unas bragas y una máscara antigás. Los brazos le colgaban lánguidamente a los costados, y en una de sus manos humeaba un cigarrillo. La Esposa del Mes. Desde lo de las máscaras antigás y la sábana de goma en la cama, escribía J. N., de Andover, nos lo pasamos bomba. O'Byrne juguetó con la radio un rato, y después la apagó. Pasaba rítmicamente las páginas de la revista, deteniéndose para leer las cartas. Un varón virgen sin circuncidar, no demasiado limpio, que iba a cumplir cuarenta y dos años en mayo, no se atrevía a despegarse el prepucio por temor a lo que pudiera encontrar. «Tengo pesadillas en las que veo gusanos». O'Byrne se rió y cruzó las piernas. Devolvió la revista a su sitio, volvió a la radio, la encendió y la apagó en rápida sucesión y captó una palabra ininteligible a la mitad. Paseó por la tienda enderezando las revistas en los estantes. Se

detuvo junto a la puerta y contempló la húmeda calle a través de las tiras de plástico de colores de la cortina. Silbó una y otra vez una tonadilla cuyo final volvía inmediatamente al principio. Después volvió a la tarima de Harold e hizo dos llamadas telefónicas, las dos al hospital. La primera a Lucy. Pero la enfermera Drew estaba ocupada y no podía atender al teléfono. O'Byrne pidió que le dijeran que no podría verla aquella noche y que volvería a llamar al día siguiente. Marcó otra vez el número de la centralita del hospital y en esta ocasión preguntó por la enfermera en prácticas Sheperd, del servicio de pediatría.

—¡Hola! —dijo O'Byrne cuando Pauline cogió el teléfono—. Soy yo. —Y, estirándose, se apoyó contra la pared.

Pauline era una chica callada que en cierta ocasión lloró durante una película sobre los efectos de los pesticidas en las mariposas, y que quería redimir a O'Byrne con su amor. Pero ahora se reía.

—Llevo toda la mañana llamándote —dijo—. ¿No te lo ha dicho tu hermano?

—Oye —dijo O'Byrne—, estaré en tu casa sobre las ocho. —Y colgó.

Harold no regresó hasta después de las seis, y O'Byrne estaba casi dormido, con la cabeza descansando sobre el antebrazo. No había clientes. La única venta que había hecho era un ejemplar de *Putá Americana*.

—Esas revistas americanas —dijo Harold mientras sacaba quince libras y un puñado de calderilla de la caja registradora— son buenas. —Harold llevaba su cazadora nueva de cuero. O'Byrne la palpó con admiración. Setenta y ocho libras —dijo Harold mientras posaba ante el espejo. Sus gafas emitían destellos.

—Está bien —dijo O'Byrne.

—¡Está cojonudamente bien! —dijo Harold, y empezó a prepararse para cerrar. Los miércoles nunca recaudamos

gran cosa —dijo melancólicamente mientras se estiraba para conectar la alarma antirrobo. El miércoles es un día de lo más capullo.

Ahora era O'Byrne quien estaba frente al espejo, examinando un pequeño e incipiente brote de acné que le había aparecido en la comisura de los labios.

—Y que lo digas, joder —asintió.

La casa de Harold, donde le alquilaba una habitación a O'Byrne, se encontraba al pie de la torre de Correos. Caminaron juntos sin hablar. De vez en cuando, Harold echaba furtivas miradas de soslayo a las oscuras lunas de los comercios para mirar su reflejo y el de su cazadora nueva de cuero. Renacuajo. O'Byrne dijo:

—Hace frío, ¿no? —Y Harold no contestó.

Unos minutos más tarde, cuando pasaban junto a un *pub*, Harold tiró de O'Byrne hasta su frío, húmedo y desierto interior mientras decía:

—Como has pescado una gonorrea, te invito a una copa.

El dueño oyó el comentario y miró a O'Byrne con interés. Tomaron tres whiskies por barba y, cuando O'Byrne pagaba la cuarta ronda, Harold dijo:

—Ah, sí, ha llamado una de las enfermeras con las que sales últimamente. —O'Byrne asintió y se limpió los labios. Tras una pausa, Harold dijo—: La tienes en el bote...

O'Byrne volvió a asentir.

—Ya.

A Harold le brillaba la cazadora. Cada vez que se estiraba para coger el vaso, crujía. O'Byrne no pensaba contarle nada. Se golpeaba una mano en la palma de la otra.

—Ya —volvió a decir, y miró el bar vacío por encima de la cabeza de su hermano. Harold volvió a intentarlo.

—Quería saber dónde te habías metido...

—Apuesto a que sí —murmuró O'Byrne, y sonrió.

Pauline, bajita y poco locuaz, la cara pálida y exangüe, coronada por un largo flequillo negro, y con unos ojos grandes, verdes y observadores, tenía un piso pequeño y húmedo que compartía con una secretaria que nunca estaba allí. O'Byrne llegó después de las diez; estaba un poco bebido, y necesitaba un baño para quitarse el leve olor a pus que desprendían últimamente sus dedos. Pauline se sentó en un pequeño taburete de madera para contemplar cómo se relajaba en la bañera. Se inclinó hacia él una vez y tocó la parte de su cuerpo que sobresalía del agua. O'Byrne tenía los ojos cerrados, y las manos flotando junto a los costados; el único sonido que se oía era el siseo cada vez más tenue de la cisterna. Pauline se levantó silenciosamente para traerle de su habitación una toalla blanca limpia, y O'Byrne no la oyó salir ni regresar. Volvió a sentarse y alborotó, más aún si cabe, el pelo húmedo y enmarañado de O'Byrne.

—La comida se ha echado a perder —dijo, sin ánimo de reproche.

En los ojos de O'Byrne se acumulaban perlas de sudor que caían como lágrimas a lo largo del contorno de su nariz. Pauline posó la mano sobre la rodilla de O'Byrne, donde ésta sobresalía del agua gris. El vapor se convirtió en agua sobre las frías paredes, pasaban los minutos monótonamente.

—No te preocupes, cariño —dijo O'Byrne, y se incorporó.

Pauline salió a comprar cerveza y pizzas, y O'Byrne se echó en su minúsculo dormitorio para esperarla. Pasaron diez minutos. Tras un somero examen de su uretra, limpia, pero inflamada, se vistió y deambuló apáticamente por el cuarto de estar. En la pequeña colección de libros de Pauline no había nada que le interesara. No había revistas. Entró en la cocina en busca de algo para beber. No había nada,

salvo un pastel de carne que había estado demasiado tiempo al fuego. Picoteó alrededor de las partes quemadas y mientras comía pasó las hojas de un calendario ilustrado. Cuando terminó, volvió a recordar que esperaba a Pauline. Miró el reloj. Hacía ya casi media hora que se había ido. Se incorporó tan rápidamente, que tiró la silla de la cocina al suelo. Se detuvo vacilante en el cuarto de estar y a continuación abandonó el piso con decisión y cerró de un portazo. Bajó rápidamente la escalera, ansioso por no encontrarse con ella ahora que había decidido largarse. Pero allí estaba. Entre el primero y el segundo, un poco sofocada, con los brazos llenos de botellas y paquetes envueltos en papel de plata.

—¿Adónde has ido? —dijo O'Byrne.

Pauline se detuvo a varios peldaños de distancia, con la cara asomándole torpemente por encima de la compra; sus ojos y el papel de plata brillaban en la oscuridad.

—El sitio de siempre estaba cerrado. He tenido que caminar un montón... Lo siento.

Permanecieron inmóviles. O'Byrne no tenía hambre. Quería irse. Se metió los pulgares en la cintura de sus vaqueros y levantó la cabeza hacia el techo invisible; después miró a Pauline, que estaba a la expectativa.

—Bueno —dijo por fin—, había pensado marcharme.

Pauline subió, y al pasar junto a él susurró:

—Tonto.

O'Byrne se volvió y la siguió; se sentía estafado, sin saber por qué.

Se apoyó en el marco de la puerta mientras ella ponía la silla de pie. Con un movimiento de cabeza le indicó que no quería saber nada de la comida que repartía en los platos. Pauline le sirvió una cerveza y se arrodilló para recoger del suelo unos pedazos de pastel chamuscado. Se sentaron en el cuarto de estar. O'Byrne bebía, Pauline comía despacio, los dos callaban. O'Byrne se terminó la cerveza y posó una

mano en la rodilla de Pauline. Ella no se inmutó. Entonces él dijo alegremente:

—¿Qué te pasa?

Y ella dijo:

—Nada.

Muy irritado, O'Byrne se aproximó más y le rodeó el hombro con un brazo protector.

—Se me ocurre algo —susurró a media voz. Vamonos a la cama.

Pauline se levantó bruscamente y se metió en el dormitorio. O'Byrne se quedó sentado con las manos en la nuca. Escuchó desnudarse a Pauline y oyó el chirrido de la cama. Se puso en pie, y sin sentir deseo todavía, entró en el dormitorio.

Pauline estaba tendida sobre la espalda y O'Byrne, tras desnudarse rápidamente, se echó a su lado. Ella no lo acogió de la forma habitual, y ni siquiera se movió. O'Byrne levantó el brazo para acariciarle el hombro, pero en vez de hacerlo dejó que su mano cayese con fuerza sobre la sábana. Ambos permanecieron tendidos boca arriba en un silencio cada vez más opresivo, hasta que O'Byrne decidió darle una última oportunidad y, gruñendo abiertamente, se apoyó sobre el codo y situó su rostro encima del de ella. Los ojos de Pauline, cargados de lágrimas, evitaron mirarlo.

—¿Cuál es el problema? —dijo él con cantarina resignación.

—Tú —dijo simplemente ella.

O'Byrne volvió a su lado de la cama, y, tras una pausa, dijo, en tono amenazador:

—Ya veo. —Entonces se levantó, pasó sobre ella y fue al otro extremo de la habitación. De acuerdo, pues... —dijo. Tiró de los cordones de sus zapatos para hacer un nudo y se puso a buscar su camisa. Pauline estaba de espaldas a él. Sin embargo, mientras él atravesaba el cuarto de estar, el ritmo de sus sollozos, cada vez más intenso y acelerado, lo hizo detenerse y volver. Más blanca que nunca a causa

del camisón de algodón que se había puesto, la vio en la puerta del dormitorio, y de repente, como si de un montaje fotográfico se tratara, estaba junto a él, en el otro extremo de la habitación, pegada a sus solapas, con los nudillos en la boca y meneando la cabeza. O'Byrne sonrió y la cogió por los hombros. Se sintió indulgente. Regresaron al dormitorio estrechamente abrazados. O'Byrne se desnudó y volvieron a acostarse, O'Byrne boca arriba, Pauline con la cabeza descansando sobre el hombro de él.

—Nunca sé qué te pasa por la cabeza —dijo O'Byrne y, consolado en lo más hondo de su ser por esta idea, se quedó dormido. Se despertó media hora más tarde. Pauline, agotada por una semana de turnos de doce horas, dormía profundamente sobre su brazo. La meneó con suavidad y dijo: —Eh. —Luego la meneó con firmeza y, a medida que se interrumpía el ritmo de su respiración y empezaba a despertarse, parodiando lacónicamente alguna película que no recordaba, le dijo: —Eh, hay algo que aún no hemos hecho...

Harold estaba excitado. Cuando entró O'Byrne en la tienda, hacia el mediodía del día siguiente, lo cogió de un brazo y agitó en el aire una hoja de papel. Estaba a punto de gritar.

—¡Ya lo tengo resuelto! ¡Sé lo que quiero hacer con la tienda!

—¿Ah, sí? —dijo sin entusiasmo O'Byrne, y se llevó los dedos a los ojos y se los rascó hasta que el intolerable picor se convirtió en un dolor soportable. Harold frotó sus pequeñas manos rosadas y se explicó rápidamente.

—Voy a fichar por All American. He hablado con su representante esta mañana y estará aquí dentro de media hora. Voy a deshacerme de todas esas revistas de cartas méate-en-su-coño a una libra cada una. Voy a llevar toda la gama de House of Florence a cuatro libras y media la unidad.

O'Byrne cruzó la tienda hasta donde se encontraba la cazadora de Harold, desplegada sobre una silla. Se la probó. Por supuesto, era demasiado pequeña.

—Y voy a llamarla Transatlantic Books —decía Harold.

O'Byrne arrojó la cazadora sobre la silla. La cazadora resbaló hasta caer al suelo y allí se desinfló como si fuese la vejiga respiratoria de un reptil. Harold la recogió sin dejar de hablar.

—Si llevo exclusivamente lo de Florence, me hacen un descuento especial y el puto letrero de neón lo pagan ellos —dijo soltando unas risitas.

O'Byrne se sentó e interrumpió a su hermano.

—¿Cuántas de esas puñeteras muñecas hinchables has vendido? Sigue habiendo veinticinco cabronas de éstas en el sótano.

Pero Harold estaba sirviendo whisky en dos vasos.

—Estará aquí dentro de media hora —repitió, y le ofreció a su hermano un vaso.

—Pues qué bien —dijo O'Byrne, y bebió un sorbo.

—Quiero que esta tarde vayas con la furgoneta a Norbury a recoger el pedido. Piensa empezar con esto inmediatamente.

O'Byrne se quedó sentado con su vaso y puso mala cara mientras su hermano silbaba y trasteaba por la tienda. Un hombre entró y compró una revista.

—¿Ves? —dijo maliciosamente O'Byrne mientras el cliente se entretenía toqueteando los condones con tentáculos—, ése ha comprado un producto nacional, ¿no?

El hombre puso cara de culpabilidad y se marchó corriendo. Harold se acercó, se agachó junto a la silla de O'Byrne y le habló como quien le explica a una criatura de dónde vienen los niños.

—¿Y qué gano yo? El cuarenta por ciento de setenta y cinco peniques. Treinta peniques. ¡Treinta putos peniques! Con House of Florence sacaré el cincuenta por ciento de cuatro libras y media. Y eso —dijo mientras pasaba breve-

mente su mano sobre la rodilla de O'Byrne— es lo que yo llamo hacer negocios.

O'Byrne meneó su vaso vacío delante de la cara de Harold y esperó pacientemente a que se lo llenase... Renacuajo.

El almacén de House of Florence era una iglesia secularizada situada en una estrecha calle llena de casas adosadas en la parte de Norbury que pertenece a Brixton. O'Byrne entró por la otra puerta principal. Habían habilitado una tosca oficina de conglomerado y cristal y una sala de espera en el extremo oeste. La pila bautismal servía como cenicero en la sala de espera. Una mujer mayor con reflejos azules en el cano cabello estaba sola en la oficina escribiendo a máquina. Cuando O'Byrne dio un golpecito en la ventana corrediza, hizo como que no lo oía, pero al final se levantó y echó a un lado el panel de vidrio.

Miró a O'Byrne con evidente desagrado cuando cogió el formulario del pedido que le tendió. Hablaba remilgadamente.

—Será mejor que espere aquí.

O'Byrne bailoteó abstraído alrededor de la pila bautismal, y silbó la tonadilla que siempre volvía sobre sí. De repente, apareció junto a él un hombre arrugado que llevaba un abrigo marrón y una tablilla.

—¿Transatlantic Books? —dijo.

O'Byrne se encogió de hombros y lo siguió. Caminaron lentamente por largos pasillos entre estanterías metálicas unidas con pernos; el viejo empujaba un enorme carro y O'Byrne iba algo adelantado, con las manos detrás de la espalda. Cada pocos metros, el almacenista se detenía, y, jadeando malhumoradamente, levantaba un grueso fajo de revistas de las estanterías. La carga que llevaba el carro iba aumentando. La respiración del viejo despertaba roncocos en la iglesia. Al final del primer pasillo, se sentó sobre

el carro, entre los montones meticulosamente dispuestos, y tosió y escupió dentro de un pañuelo de papel durante un minuto más o menos. Después, tras doblar cuidadosamente el pañuelo y su espeso y verde contenido y guardárselo en el bolsillo, le dijo a O'Byrne:

—Toma, eres joven. Empújalo.

—Empuje usted esa mierda —dijo O'Byrne. Es su curro. —Y le ofreció un cigarrillo que él mismo encendió.

O'Byrne señaló las estanterías con la cabeza.

—Seguro que se pone morado leyendo.

El viejo exclamó con irritación:

—¡No es más que basura! ¡Deberían prohibirla!

Se pusieron en marcha. Al final, mientras firmaba la factura, O'Byrne dijo:

—¿Qué, ha quedado para esta noche con la de la oficina?

Al almacenista le hizo gracia. Sus carcajadas resonaron como campanadas y empalmaron inmediatamente con otro ataque de tos. Se apoyó casi exánime contra la pared y, cuando se recuperó un poco, levantó la cabeza y le guiñó significativamente un ojo lloroso. Pero O'Byrne ya le había dado la espalda y conducía el carro y su carga hasta la furgoneta.

Lucy era diez años mayor que Pauline y estaba un poco rellenita. Pero su piso era grande y cómodo. Era enfermera, mientras que Pauline no era más que enfermera en prácticas. No sabían nada la una de la otra. En la estación de metro O'Byrne le compró unas flores, y cuando le abrió la puerta se las ofreció con una reverencia irónica y un entrecocar de tacones.

—¿Una ofrenda de paz? —dijo ella, despectiva, pero cogió los narcisos. Lo condujo hasta el dormitorio. Se sentaron juntos sobre la cama. O'Byrne recorrió su pierna con la